

ciencia ficción y fantasía

# nueva dimensión



Revista española de ciencia ficción y fantasía, fundada por Sebastián Martínez, Domingo Santos y Luis Vigil.

## REVISTA DE CIENCIA FICCIÓN Y FANTASÍA

A CARGO DE:

Sebastián Martínez

Domingo Santos

Luis Vigil

*Director:*

Domingo Santos

*Director Artístico:*

Enrique Torres

*Colaboradores:*

Jorge Aspa

Carlo Frabetti

Antonio Martín

Juan Carlos Planells

Fco. Javier Redal

Jaime Rosal del Castillo

Augusto Uribe

*Suscripciones:*

M.<sup>a</sup> Teresa Roca

*Corresponsales:*

Argentina: Daniel Luján Heredia

Bélgica: Bernard Goorden

EE. UU.: Forrest J. Ackerman

Hungría: Peter Kuczka

Japón: Takumi Shibano

Polonia: Czesław Chruszcewski

Rumanía: Ion Hobana

Suecia: Sam J. Lundwall

Uruguay: Carlos M. Federici

Abril 1982 / Número 144

hoy

**EDITORIAL**

LA OTRA CIENCIA FICCIÓN...

por Domingo Santos

**SE PIENSA**

EL GRAN SALTO ADELANTE DE  
LA SF CHINA

por Michael Parks

LA SF EN HUNGRÍA

por Michael Parks

**SE EDITA**

CÍTICA DE LIBROS

por J. C. Planells, J. Redal y  
A. Benítez Gutiérrez

**SE EXHIBE**

CÍTICA DE CINE

por R. Marín y J. Redal

**SE DICE**

LIBROS, REVISTAS, FANZINES,  
COMIC,

CINE, PREMIOS, AUTORES,

NECROLÓGICA, VARIOS

**SE ESCRIBE**

LA OPINIÓN DE NUESTROS  
LECTORES

mañana

**NOVELA CORTA**

EL VALIENTE TOSTA-

DORCITO

por Thomas M. Dis-  
ch

**CUENTOS**

ELFLEDA

por Vonda N. McIn-  
tyre

LA CASA DE LOS IN-  
SECTOS

por Lisa Tuttle

EL HOMBRE QUE NUN-  
CA REJUVENECÍA

por Fritz Leiber

LOS MIL SUEÑOS DE  
STELLAVISTA

por J. G. Ballard

POR SÍ MISMA

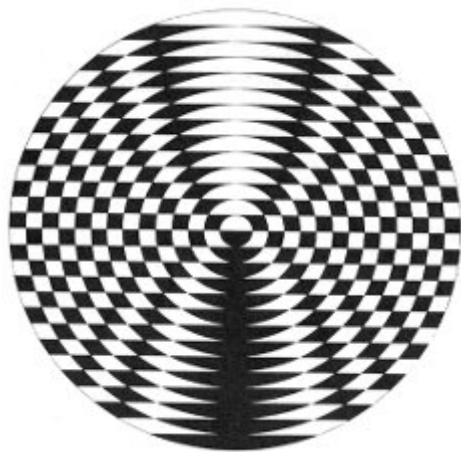
por A. Graciela Pa-  
rini

HIJO DE SANGRE

por Richard Mathe-  
son

**EL RINCÓN  
DE LA CIENCIA**  
SOBRE «LAS VERDES COLINAS»  
por Javier Redal





## EDITORIAL

# LA OTRA SF

*Si observamos la lista de los libros más populares de SF de este mes en los Estados Unidos, reseñada en la sección «Se dice» de este mismo número, observaremos que, tanto en las ediciones de tapas duras como en las de libros de bolsillo, existe una gran preponderancia de la fantasía sobre la SF «clásica». No se trata de un fenómeno repentino. Es la constatación de un cambio gradual que viene observándose desde hace un tiempo en los países anglosajones. En los Estados Unidos, cuna y avanzada de la SF mundial, las preferencias del público lector (y en consecuencia también de los editores, y por lo tanto de los escritores) se están decantando de la SF «dura», científica, más o menos tecnificada, a la SF onírica, abocada a la más pura fantasía... que llega en algunas ocasiones incluso al estadio de simples cuentos de hadas para adultos.*

Este fenómeno se aprecia claramente en la producción de las novelas que están copando últimamente los primeros puestos de la popularidad. Por supuesto, se siguen escribiendo grandes novelas «duras» de gran éxito: Benford y su Timescape, Varley y su trilogía de Gea..., pero la cúspide de la popularidad la alcanzan otro tipo de libros: Silverberg y su Lord Valentine's Castle (y su secuela de las Majipoor Chronicles), Vinge y su Hugo de 1981 The Snow Queen, McIntyre y su Dreamsnake... ¿hace falta poner más ejemplos?

En el editorial de ND 134 hablaba ya de esa dicotomía que se está produciendo últimamente en la SF anglosajona, y lo mismo hacía Javier Redal en un artículo del mismo número. Este fenómeno hace que, naturalmente, se escriban también muchos más relatos de fantasía (me atrevería a calificarlos de «SF fantástica», aún a riesgo de ser llamado hereje) que de SF «campbelliana». En ellos, la ciencia, la técnica, es dejada cada vez más de lado... e incluso el hombre y sus problemas sociales también. Se busca, ante todo, ese antiguo y siempre tan ponderado «sentido de la maravilla» que hiciera las delicias de los primeros fans de los años treinta y cuarenta. Por aquel entonces, el lector medio podía maravillarse ante los hipotéticos progresos astronáuticos, la exploración de otros mundos, el encuentro con otras razas alienígenas. Hoy todo eso está ya superado: la exploración espacial es un hecho, y nos ha acercado hasta nuestras narices (muchas veces de una forma más bien decepcionante, por cierto) los antiguos objetos de nuestra ensoñación: la Luna, Marte, Venus. Los alienígenas han perdido buena parte de su anterior encanto por obra y gracia de los dos monstruos de la imagen, el cine y la televisión. Hay que buscar nuevas metas.

La ciencia y la técnica limitan la imaginación, la coartan, le dictan leyes. Pero, prescindiendo de ellas, la imaginación humana es ilimitada. Y el universo es lo suficientemente grande como para hallar en él algún rincón donde pueda

presentarse aún cualquier idea que un autor pueda concebir, por acientífica que sea. Heinlein lo ha hecho en su penúltima novela (y digo penúltima porque ya ha salido la última, *Friday*), *El número de la bestia*: un «universo» de universos alternos, y perdonen la redundancia, donde se dan cita todos los escenarios ideados por todos los autores de SF del mundo (anglosajón, por supuesto), y que celebra incluso su propia convención «interuniversal», ¡comandada por el propio Lazarus Long! Cuando un escritor como Heinlein comete un tal sacrilegio a los principios campbellianos de la SF, es que realmente algo se está moviendo en el género en los Estados Unidos.

Esta proliferación de la fantasía en los relatos que se publican actualmente en las antologías y revistas de SF hace que, naturalmente, se acumulen en nuestras mesas de trabajo relatos de «SF fantástica» en número creciente. Relatos de calidad, relatos de éxito, relatos que han sido altamente apreciados por el público anglosajón, pero que indudablemente harán rechinar los dientes a los amantes de la SF «seria». Relatos que son fiel testimonio de una época, de unos gustos, y de unas inquietudes.

Por eso hemos decidido, en este número de ND, ofrecerles una panorámica de esa nueva tendencia de la SF. No hemos pretendido, por supuesto, hacer un «número monográfico» (aunque un lector se nos queje, en la sección «Se escribe» de este mismo número, y nos hable de las añoranzas de aquellos «números monográficos» que diéramos a la luz en una época determinada y difícil de nuestra historia), sino simplemente seleccionar una serie de relatos que inciden plenamente en esa corriente de la «nueva SF» de la que acabo de hablarles.

Y así, hallarán en las páginas siguientes que Thomas Disch olvida por una vez sus encerebraciones, se pone ferozmente humorístico, y nos presenta un «cuento de hadas» tremendamente mordaz, que mereció ser considerado por el prestigioso fanzine *Locus* como el mejor relato de SF



de 1980; Vonda N. McIntyre sigue sus propias huellas de Dreamsnake para ofrecernos, en clave de amarga fantasía, una visión fantástica donde están presentes los dos temas que fundamentan toda su obra: la crueldad humana y la manipulación genética; Lisa Tuttle nos presenta un relato a caballo entre la SF y el horror gótico; Ballard nos muestra las fantasiosas obsesiones que forman la columna vertebral de toda su obra a través de uno de sus mejores relatos centrados en su escenario más ballardiano: Vermilion Sands; Richard Matheson nos ofrece una nueva variación de su tema favorito, el vampirismo; y Fritz Leiber hace transcurrir el tiempo al revés.

E incluso los autores de habla hispana se apuntan a esa corriente de la fantasía pura dentro de la SF. Creo que no hace falta citar aquí a Enrique Lázaro y su «Tierra Vaga», aunque no se halle representado en este número. Sí lo está, en cambio, una escritora argentina, A. Graciela Parini, con un relato que ella misma califica no es SF, pero que creemos puede encuadrarse perfectamente dentro de la «otra SF».

Puede que nos hallemos tan solo ante una moda. Puede que, simplemente, estemos atravesando una desviación del mercado que se corrija por sí misma dentro de poco. En los propios Estados Unidos, algunos escritores y críticos estudian este fenómeno y reclaman ya ese cambio... aunque sea aún tímidamente. Pero el hecho está aquí. Otro día analizaremos sus posibles causas sociológicas, que las hay, aunque muchos no se pongan de acuerdo sobre ellas. De momento, ND ha querido simplemente dejar constancia de él.

Aquí lo tienen. Que lo disfruten...

DOMINGO SANTOS

---

---

## ELFLEDA

---

VONDA N. McINTYRE

---

Vonda N. McIntyre es la autora de esa gran novela, ganadora en 1978 de los premios Hugo y Nebula, que es *Dreamsnake*, y que esperamos que pronto aparezca en España editada por Edhasa/Minotauro. *Elfleda*, una de sus más recientes producciones, apareció en el número 12 de las antologías «New Dimensions» de Robert Silverberg, y trata, en una primera aproximación, de las consecuencias de la crueldad humana combinada con las posibilidades de la ingeniería biológica. Pero, al igual que hiciera con *De niebla y hierba y arena*, el relato que dio origen a la novela antes citada, aquí McIntyre se limita a trazarnos un breve bosquejo, a crear un ambiente, casi onírico en algunos momentos, de ese mundo particular. ¿Nos hallamos de nuevo ante el germen de lo que puede ser, dentro de poco, otra gran novela? Es muy probable. El tiempo nos lo dirá...

---

---

La quiero. Y la envidio, porque es lo suficientemente hábil, lo suficientemente atrevida, como para engañar a nuestros creadores. O a la mayoría de ellos. No es una auténtica unicornio: muchos de nosotros poseemos partes humanas, y ella no es una excepción. De otro modo las reconexiones resultan demasiado complicadas. Nuestros brillantes poseedores no son lo bastante brillantes como para integrar nervios directamente del cerebro.

De modo que Elfleda es, como yo, casi enteramente humana de caderas hacia arriba. De ahí hacia abajo yo soy equino: un centauro. Ella es un unicornio, puesto que sus cascotes están hendidos, su cola es de león, y de su frente

surge un esbelto y recto cuerno espiralado. Su plateada melena oculta la pálida cicatriz en su base; su crin como plata cae en cascada por detrás, creciendo a partir de sus hombros y espalda. Su pelaje es suave y gris pálido y con grandes manchas en sus flancos. El pelo de la punta de su cola es casi negro. Durante mucho tiempo pensé que algún cirujano habría cometido un error o gastado una broma con ella, pero finalmente comprendí por qué habían hecho aquello, cuando la vi de lejos agitar como un gato su larga cola rematada de negro. Mi cuerpo no posee esta originalidad artística. Odio todo lo relativo a mí casi tanto como amo todo lo relativo a Elfleda.

Habla conmigo desde lejos; creo que siente lástima de mí. Cuando los amos vienen a nuestro parque ella les observa, agita su cola, y galopa alejándose. A veces les obsequia con un breve vislumbre de su plateada piel. Su inaccesibilidad la convierte en la más buscada de todos nosotros. Corren tras ella, la llaman, pero solo unos pocos consiguen abrindarla o emocionarla. Es la única de nosotros que siempre ha podido resistirse a su voluntad. Incluso su libertad es creación de ellos; son tan poderosos que pueden permitirse el jugar con la ilusión del desafío.

Pero el resto de nosotros, los demás centauros, sátiros, ninfas, nos pavoneamos y cabrioleamos por los prados o nos mostramos en el bosque o empujamos suavemente a los que pasan, esperando ser dignos de atención.

No nos atrevemos a quejarnos. Por supuesto, no tendríamos derecho; deberíamos sentirnos agradecidos. Nuestras vidas han sido salvadas. Cada uno de nosotros hubiera muerto si los amos no nos hubieran aceptado y nos hubieran tomado. Les debemos nuestras vidas, y este es el pago que exigen. A veces pienso que el precio es demasiado alto, pero aunque nada me impide saltar por los abruptos farallones o comer flores venenosas, sigo vivo.

El sol del mediodía es cálido en la pradera, de modo que camino hacia el bosque por entre la alta hierba. Una

pequeña criatura salta del lugar donde ha estado durmiendo y huye, tan asustada de mí como yo de ella. Galopa y luego se eleva por los aires: uno de los pequeños pegasos. Sus emplumadas alas parecen demasiado grandes en proporción a su cuerpo. Esta es la razón por la cual tan solo los pegasos más pequeños pueden volar. Este es una miniatura de un pony appaloosa, que apenas me llega a la rodilla. Allá delante, en mitad de la pradera, vuelve a tomar tierra y se aleja trotando, mientras dobla sus alas grisazuladas sobre sus flancos moteados. Los pegasos más grandes, los de mi tamaño, son espectaculares pero están atados al suelo; siempre han deseado volar, pero nunca lo han conseguido. Una vez observé a uno parado a favor del viento, el cuello arqueado, los ollares agitándose, la cola levantada. Desplegó sus alas y las alzó, avanzó en el viento, galopó, echó a correr, pero las alas no eran lo suficientemente grandes como para elevarlo del suelo. Nuestros amos nos utilizan únicamente para su diversión, para su recreo. Para ellos no somos más que animales. Nunca se les ocurriría pensar que el corazón de un caballo volador pudiera partirse por el simple hecho de no poder volar.

Las sombras del bosque me rodean con un frío aroma de pino y humus. El musgo bajo mis cascos es blando. Puedo sentir su elasticidad, pero no su textura. Cuando me alcé por primera vez, tras las operaciones, la recuperación, el dolor, no pude caminar bien. Tropezaba y caía, y me amenazaron con castigos si me rasguñaba mi brillante piel equina. Tras lo cual caminé lentamente pero aprendí rápidamente. Los seres humanos no están preparados para evolucionar hacia la articulación simultánea de seis miembros, pero somos adaptables. Aprendí a ir al paso, a trotar, a galopar, e incluso aprendí a mover simultáneamente mis brazos, aunque no demasiado graciosamente. No me hice ningún rasguño, y ahora mi piel —mi piel humana— está curtida hasta un color casi tan oscuro como mi pelaje dorado rojizo. Mi crin y mi cola y mis patas posteriores son negras.

El arroyo murmura cerca, lleno con agua de nieve. Cae espumeando por una cascada rocosa a un lago de montaña que refleja en sus profundidades otro mundo más libre. Allá en el fondo las montañas de una azul púrpura son valles que podrían ser alcanzados si uno consiguiera descubrirlos. Las propias montañas no pueden ser cruzadas. Uno de los pegasos más grandes, persiguiendo el cielo, trepó solo hasta medio camino de una de las cimas antes de que sus cascos resbalaran en las escarpadas rocas y cayera. Se rompió una pata. Las patas equinas son difíciles de curar, de modo que fue rematado por humanidad. Del mismo modo que, por humanidad, se le había dado la vida.

La superficie del estanque se agita y se rompe, y uno de los seres acuáticos trepa a las piedras saturadas de humedad. Este es el lugar favorito de la gente acuática para tomar el sol cuando el frío del agua congela sus recuerdos de haber sido seres de sangre caliente. Creo que se trata de una sirena, pero no puedo estar seguro de su sexo desde esta distancia. Todas ellas son esbeltas y ágiles, con hombros estrechos y largo y brillante pelo. Las mujeres apenas tienen pechos, y los hombres no tienen genitales propiamente dichos. Tienen solo hendiduras, como los peces, medio ocultas entre las multicoloreadas escamas de sus abdómenes. Nunca las he visto copular entre sí, así que quizá la abertura sea tan solo para excreción y para que nuestros dueños la utilicen cuando deseen obtener algo de placer. La gente acuática es tan deforme en un sentido como yo lo soy en otro. Las sirenas no tienen genitales en absoluto, mientras que yo poseo dos pares. Estoy seguro de que algún ingeniero biológico recibió un premio por la habilidad de su diseño. Mi pene humano cuelga en su habitual lugar humano, pero encima de las patas delanteras de un caballo. Mis partes de semental son mucho más discretas, ocultas entre mis patas traseras.

La sirena agita su cola, esparciendo un arco iris de gotas de agua. Otro de los seres acuáticos surge del agua a su la-

do. Pero no se tocan; no existe intimidad entre ellos. Quizá se les han extraído los sentimientos, o tal vez el agua fría frene sus pasiones del mismo modo que sus cuerpos.

Pero, oh, son encantadores. Cuando vadeo para beber, puedo verlos a veces bajo el agua, nadando juntos siguiendo sus propias e inexplicables evoluciones, el pelo flotando dorado, plateado, escarlata, recorriendo toda la escala del azul, naranja, negro profundo con un brillo metálico. Sus aletas caudales son como gasa, como encaje, seda transparente, con venillas translúcidas. Las hendiduras de sus branquias trazan líneas bermellón en sus pechos y espaldas y gargantas.

Nunca hablan.

Si yo surgiera de mi refugio de sombras, las dos sirenas, macho y hembra, desaparecerían bajo la plateada superficie del agua azul hielo, levantando un oleaje gemelo. Dos juegos de círculos concéntricos se tocarían, se entrecruzarían y desaparecerían, y yo me quedaría solo de nuevo. De modo que permanezco inmóvil. Observo a las hermosas criaturas tomar el sol, echando ocasionalmente agua sobre sus escamas, con sus colas o con sus largas y estilizadas manos.

Envidio su placer en la soledad, su independencia, del mismo modo que envidio a Elfleda. Ella y ellas nunca han sido alcanzadas por los juegos que nuestros dueños juegan con nosotros. Elfleda observa desde una alta cima hasta la que solo ella puede trepar. La gente acuática participa cuando es llamada y le es ordenado, pero sus ojos son inexpresivos. Supongo que al siguiente día ya lo han olvidado todo.

Yo nunca olvido. Yo recuerdo cada incidente de lo que ha ocurrido desde que fuera traído aquí. Pronto volverá a ocurrir de nuevo.

Uno de los seres acuáticos se sumerge en el agua, luego el otro. El bosque me ha hecho sentir frío, y tengo hambre. El sol calienta mi lomo cuando abandono las profundas sombras y cruzo el prado en dirección a los huertos.

La luz que atraviesa el vetado techo de hojas motea mis flancos. El perezoso zumbido de una mosca en mi lomo no me molesta en lo más mínimo. Debo confesar que tener una larga cola puede resultar conveniente.

Un ninfa y una sátiro copulan bajo un ciruelo, ignorando mi presencia. Son tan desvergonzados como tímidos son los seres acuáticos. La corta y peluda cola de la sátiro se agita arriba y abajo mientras monta al ninfa y lo golpea con sus peludas piernas. Las verdes manos del ninfa sujetan las caderas de la sátiro y ascienden para acariciar su rosada piel humana. A cada lado de la erecta cresta de amarronadas cerdas que delinea la espina dorsal en su espalda, su correosa piel está ligeramente quemada por el sol. El ninfa se arquea dentro de ella y la sátiro gruñe, enroscando sus dedos en el verdinegro y ensortijado pelo de él. Los talones del ninfa se clavan en el suelo, los dedos de sus pies se agitan; las hendidas pezuñas de macho cabrío de ella están sucias con briznas de hierba. El ninfa gime y atrae a la sátiro hacia sí. Nuestros creadores no sienten ningún respeto hacia el sexo tradicional de sus criaturas. Solo buscan el placer para sí mismos, no les importan ni el mito ni la leyenda.

Troto y galopo alejándome para escapar del agitarse y de los gemidos y de los jadeos en el huerto. Yo mismo he copulado con la sátiro, dios me ayude.

La hierba de la pradera se agita ante mí y el aire fluye entre mis crines como agua. Los pájaros permanecen silenciosos en el calor, pero el canto vespertino de las cigarras me anima hacia adelante. Mis cascos golpean el suelo, aplastando flores, cortando el césped. El sudor chispea en mis ojos. Aprieto los codos contra mis costados para dominar el dolor de la respiración. El aire entra en mis pulmones en ardientes bocanadas. El sudor resbala por mi pecho, se